

Santiago Montero, *Prodigios en la Hispania romana. Rayos, terremotos, epidemias, eclipses*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2020, 352 pp. [ISBN: 978-84-18093-58-6].

Con respecto a la Hispania romana, no todo está dicho. Después del último medio siglo de investigación histórica –en el sentido que hoy se entiende, multidisciplinar, y no solo con base arqueológica– aún quedaban temas por abordar en conjunto, como este que, con acierto, nos propone ahora Santiago Montero: una síntesis analítica sobre los prodigios documentados por las fuentes en la Hispania romana. Entiéndanse por fuentes, principalmente, las literarias y, en menor medida, las numismáticas o los objetos arqueológicos (cerámicas y algunos relieves) que les sirven de complemento.

Los fenómenos que se enuncian en el título del libro –rayos, terremotos, epidemias y eclipses– nada tienen de prodigiosos; son fenómenos naturales tanto ahora como hace dos milenios. Pero tienen una connotación común: que todos son negativos para el ser humano, todos perturban la vida, tanto a nivel individual como colectivo. Entendemos que lo que convierte en “algo excepcional”, “prodigioso”, a un hecho en el sentido que los romanos otorgaban al vocablo *prodigium*, no es el suceso en sí, sino sus circunstancias. A las fuentes antiguas (a los escritores de entonces) no les interesa la caída de cualquier rayo o que la tierra en determinado lugar fuese sacudida por un terremoto, sino solo aquellos que para los romanos tenían un significado político o social de “ruptura del orden”. El orden y la *concordia deorum*, naturalmente, que son los pilares ideológicos del Estado romano, como remedando el concepto griego de la *hybris*: aquellos sucesos que, traspasando los límites de la racionalidad humana, solo cabe asignar a la voluntad de los dioses, que nos hablan (les hablaban, a los romanos) mediante la manipulación traumática de los fenómenos naturales.

Este libro trata de poner orden en todo el magma de noticias que han llegado sobre fenómenos naturales, relativos a la Península Ibérica, que fueron considerados excepcionales por alguna de las fuentes. Como en todo suceso antiguo, unos tuvieron más éxito y repercusión que otros. Y, del mismo modo, en la investigación reciente unos han recibido más atención que otros. Mérito enorme de este libro es haber reunido, alrededor de cada acontecimiento considerado “prodigioso”, todas las fuentes antiguas relativas a los mismos y todos los estudios anteriores a 2020 que los han analizado. Y esta recopilación no es un mero describir y resumir –como en Roma hiciera Obsecuente sobre la obra de Livio– sino un desarrollar, comprender, explicar estos prodigios, no tanto desde la perspectiva religiosa como desde la política. Aunque no está de más recordar que en la Roma antigua la religión oficial y la política son indisolubles.

El autor, especializado en estudios de adivinación en Roma, hace bien en escribir una introducción aclaratoria sobre el concepto de prodigio y su relación con la adivinación. Acierta al anticiparnos (pp. 25-39) un listado de acontecimientos

prodigiosos que tuvieron repercusión importante en la guerra o en la política, desde el 218 a.C. al 70 d.C. Ese mismo elenco denota por sí mismo que había más casos documentados en los tiempos “de la conquista romana” de la Península Ibérica, como si la guerra se nutriese continuamente de lo irracional/maravilloso para justificar sus éxitos o sus fracasos. Y cuando no es la guerra el escenario principal, esta *heimarméne* se traslada a los ámbitos de la lucha política por el poder entre las bambalinas del palacio. En el fondo y trasfondo de toda esta literatura está la legitimación de la victoria y del poder de Roma a través de los prodigios, que son una forma de lenguaje divino. Eso está meridianamente explicado en todas las páginas de este libro.

Como trabajo histórico que es, el autor hace una exposición de casos siguiendo un orden cronológico, iniciándose con la presencia romana en la Península Ibérica, y aun en sus prolegómenos, como el extraño caso “del niño de Sagunto”, fechado en 219 a.C. (*vid.* cap. 1.1), contado por Plinio (*HN* 7.35). Según este autor, un niño que había sido alumbrado al mundo “regresó/ingresó de nuevo en el seno materno”. Naturalmente es un prodigio retrospectivo que no tiene más sentido que explicar, desde lo inexplicable, algunos episodios de la toma de la ciudad por Aníbal. Tiene razón el autor al indicar que este episodio, situado cronológicamente en los albores de la conquista/presencia romana, puede estar mezclado con tradiciones locales. Es posible que así fuese, pero resulta difícil de demostrar. Los pueblos indígenas de la Península Ibérica carecen de literatura, y solo a través de su tosco arte de imitación expresan algunas de sus creencias. Solo en un exceso especulativo las representaciones de algunos vasos ibéricos (como el que aparece en la portada de este libro, o en las páginas 59 y 171), a la luz de posibles paralelos griegos, pueden aportar algo.

El autor ha tenido el acierto de indicar continuamente la cronología de lo que está contando, incluso en las cabeceras de los capítulos. No carece de importancia para comprobar la frecuencia de casos dependiendo de los periodos históricos. Así, vemos la importancia de la Segunda Guerra Púnica, en sus inicios ibéricos y sus repercusiones en la Península entre 209 y 206, sucesivamente en los capítulos 1-4: el episodio citado del niño de Sagunto, el no menos extraño caso de la “llama encendida sobre la cabeza” del general Lucio Marcio en el capítulo 2, relativo al año 212 a.C., al que sigue, para el año 209 a.C., el episodio ubicado en la batalla de *Carthago Nova*, en cuya laguna cayeron rayos enviados por el propio Júpiter, para espantar a los enemigos como augurio de victoria romana, como relató el poeta Silio Itálico (*Pun.* 15.138-148). Todo ello se estudia en el cap. 1.3. En el siguiente, relativo al año 206 a.C., se reúnen y analizan diversos prodigios ubicados en *Ilipe*, esta vez basados en Polibio (11.20-24) del que es secuela Livio (28.12.10-17), y en el epitomista Apiano (*Iber.* 26).

Siguiendo a las fuentes, se da un salto cronológico, desde el 206 hasta el 136 a.C. en el capítulo 5, donde se analiza el prodigio de un eclipse de Luna que aconteció durante el asedio de *Pallantia* (Palencia) por el ejército romano, según cuenta Apiano (*Iber.* 80.357) (*vid.* p. 127). Montero ofrece paralelos en otras fechas y en otros espacios (pp. 129-135) para hacer comprensible el caso hispano. En todos ellos, los astros se conjuran para apoyar a los romanos y doblegar a los enemigos en la guerra.

En el capítulo 6 de nuevo asistimos a un salto cronológico para situarnos, una vez más, en un contexto bélico: las guerras sertorianas. El prodigio aquí estudiado se refiere al año 76 a.C., siguiendo un texto de Obsecuente, donde se cuenta que varios

eventos extraordinarios anunciaron la muerte del general pompeyano Décimo Lelio antes de la batalla de Lauro. Sirva este capítulo como ejemplo de cómo el autor ha completado las fuentes y los estudios previos sobre estos prodigios.

Las guerras sertorianas son el marco histórico de los dos capítulos siguientes. El I.7 se refiere a un terremoto ocurrido en *Corduba*, donde dos legiones romanas estaban en sus cuarteles de invierno, al mando del general Metelo Pío. En el capítulo siguiente (I.8, pp. 157-174) se pasa revista a una serie de casos más conocidos, referidos la mayoría a Sertorio en un año muy decisivo para el rumbo de la guerra. De ellos se hace eco Plutarco en la biografía de Sertorio, y otras muchas fuentes, obligando al autor a tener que contrastarlas, lo que se hace con habilidad, respunteando los argumentos con alguna imagen de pintura vascular ibérica (p. 171), haciéndose eco de algunas interpretaciones anteriores increíbles.

En el año 45 a.C., que marca el final de las Guerras Civiles entre cesarianos y pompeyanos, vuelve a aflorar la casuística de los prodigios en las fuentes, asociados, por enésima vez, a la guerra en episodios críticos. En el capítulo 9 se analiza el insólito episodio –que tiene bastantes paralelos– de los estandartes legionarios del ejército de Cneo Pompeyo. El hecho de que los estandartes, especialmente el *aquila legionis*, sean casi sinónimo de legión, implica que si un *signum* cae sobre el agua, o a tierra, o cae un rayo sobre él (Cass. Dio 43.35.1-4), o “vuele” (Obs. 66), no cabe más interpretación de que tales hechos (que pueden ser accidentales) sean anuncios de derrota. La casuística es abundante y está muy bien presentada por el autor (pp. 178-181). El otro prodigio, más famoso si cabe, asociado a esta fase final de la guerra, es el caso de la “palmera de Munda”, tratado *in extenso* en el capítulo 10, en el que se sintetiza la varia literatura científica que este curioso episodio ha despertado en los últimos años. Suetonio (*Aug.* 94.11) resume el evento: «Cuando en Munda el divino Julio, al elegir un lugar para su campamento, hacia talar un bosque, se descubrió una palmera, que César mandó conservar como un presagio de victoria; de ella nació acto seguido un vástago que creció tanto en unos pocos días, que no solo llegó a igualar al tronco madre, sino incluso a taparlo, poblándose, además, de nidos de palomas». No solo se trata, en mi opinión, de un presagio de victoria, sino de un *omen* de poder, pues el vástago no es otro que Octavio (en ese año 45 a.C. era un “retoño”), el futuro Augusto, como este mismo se encargó de recordar en una famosa moneda de *Tarraco* en la que se representó un vástago de palmera sobre un altar (ver aquí pp. 205-212). Es posible que algo parecido, anecdótico, ocurriese en esa campaña, que dio pie a la creación de este prodigio, de este mito, que posiblemente sea, en mi opinión, una invención augustea, por tanto posterior a los hechos. Pues llama la atención que el prodigio de la palmera no aparezca en el opúsculo *Bellum Hispaniense*, que narra al detalle el episodio de Munda, y que, en cambio, esté contado por Suetonio, y reforzado por Casio Dion, que son dos excelentes inventores de prodigios romanos asociados a la biografía de Augusto, pura y hermosa literatura.

El caso del esclavo que cayó fulminado por un rayo durante la expedición cántabra de Augusto en el año 26 (aquí estudiado en pp. 197-203) es el colofón a la serie de relatos prodigiosos asociados a la guerra y a la conquista romana de la Península Ibérica.

Desconectado de todos los casos anteriores, bélicos, el autor presenta en pp. 213-225 el caso singular, documentado epigráficamente, del “prodigio” del rayo que cayó en *Bracara Augusta*. Para los romanos, la caída de un rayo en un lugar claramente identificado era cosa muy seria. Considerado señal divina, había que proceder a su

“enterramiento ritual”, con la correspondiente ceremonia haruspical, la ciencia adivinatoria heredada por los romanos de los etruscos. Es en este capítulo donde lo religioso predomina con respecto a lo maravilloso. Concluye el autor que “el enterramiento ritual” del rayo (*fulgur conditum*) y las ceremonias pertinentes, que incluían para estos casos específicamente el sacrificio de una animal *bidental*, tenía un carácter lustratorio (p. 225).

En el cap. II.4, se analiza el texto de Plinio (*HN* 9.4-5) relativo a una legación que el emperador Tiberio hizo a *Olisipo* (actual Lisboa), donde se decía que un tritón se convirtió en músico (haciendo sonar una concha) y unas nereidas con escamas fueron vistas en la costa. Lo cierto que en el cap. 9.4 de Plinio hay varias leyendas sobre animales míticos e imposibles, avistados en las costas hispanas. Son leyendas que el naturalista toma de *Turranius Gracilis*, un paradoxógrafo, usado por Plinio (en este pasaje y también en 3.3 y 18.75), que podían tener cierto sentido en el libro noveno de Plinio, sobre zoología, donde habla en los primeros párrafos de todo tipo de animales mitológicos, como una especie de breve tratado mito-zoológico con escaso valor histórico.

Tres capítulos breves (II.5; II.6; II.7) tienen a Galba como protagonista. El futuro emperador había sido enviado por Nerón como gobernador de la Tarraconense, donde estaría hasta el 68. Todos estos “prodigios” tienen una común finalidad: ser expresión ominal del poder a favor de Galba. No disitante cronológicamente si sitúa, ya gobernando Vespasiano, el prodigio de las llamadas por el autor “Fuentes Tamaricas”, que transmite Plinio (*HN* 31.23-24), un texto breve cuya interpretación pivota sobre la frase *in Cantabria fontes Tamarici...*, que, a nuestro juicio hay que entender (con numerosos paralelos sintácticos) como *fontes (fluminis) Tamarici*, es decir, el nacimiento de río Tambre, el antiguo *Tamaris*, al que se refiere Mela (3.11) y que recorre el territorio de los presamarcos.

Los últimos capítulos del libro se alejan muchísimo en el tiempo del que se habló en los primeros. Median siete siglos, o más, hasta el siglo V, ya cristiano, al que se refiere el autor en el capítulo III.1, destacando especialmente las noticias del obispo Hidacio sobre prodigios o extraños sucesos acaecidos, según este autor, en la *Gallaecia* de su tiempo, el siglo V. El peligro grave que supone la asechanza bárbara (igual que lo era la amenaza cartaginesa en las Guerras Púnicas), explica el pavor y el temor que se expresa de forma un tanto apocalíptica en la obra de Hidacio. Es natural que en una región tardíamente conquistada y poco romanizada (poco urbanizada), con una sociedad primitiva y de cultura agraria, poco culta, estas creencias sobre acontecimientos maravillosos se multipliquen. Basta recordar el sermón contra las supersticiones rurales, el *De correctione rusticorum* de Martín Dumiense, en el siglo VI, para comprobar que en *Gallaecia* cristiana aún pervivían muchísimas creencias prerromanas de tipo agrario.

Para finalizar, quiero reiterar la idea de que, a falta de una mitología propia comparable a la griega, los romanos forjaron a lo largo de muchos siglos su particular mitología heroica, siempre ligada a la guerra. Esos relatos están omnipresentes en los orígenes míticos de la Urbe y en la historia (tan poco creíble) de los reyes latinos y etruscos, y no cesan a lo largo de toda la historia republicana, que es la de las conquistas romanas, y, al final de la misma, de las guerras civiles. Los cientos de prodigios que en el relato de Livio acompañan la Historia de Roma, hasta Augusto, forjan la “mithistoria” heroica romana. Y la Península Ibérica, desde los inicios de la Segunda Guerra Púnica hasta las Guerras Cántabras, forma parte del mapa

estratégico y de la época en que Roma forjó su poder. Por esa razón los prodigios van asociados a episodios bélicos críticos, como ha demostrado el autor de este libro. Tiene sentido, por tanto, que, acabada la conquista de la Península Ibérica, desaparezcan prácticamente en las fuentes literarias relativas a los prodigios, pues Roma ya no hace la guerra en Hispania. Los concernientes a Tiberio son anecdóticos y los de Galba se enmarcan, aunque alguno de ellos retroactivamente, en el marco de las guerras mantenidas por varios generales por el trono de Roma tras la muerte de Nerón. Luego se produce el gran vacío documental sobre estos temas desde Trajano a Teodosio, como apunta el autor en pp. 281-288. Que Hispania no sea escenario bélico donde se dirima el destino de Roma en ese periodo es una razón poderosa para explicar esa ausencia de textos “prodigiosos”.

Como dije al principio, se escriben pocos libros sobre la Hispania romana que aporten nuevas perspectivas. Este es uno de ellos. La temática lo hace atractivo *per se*. Está bien escrito, con erudición pero sin pedantería, aportando todas las fuentes para cada caso expuesto, complementadas con una bibliografía exigente y puesta al día. Este paseo reflexivo por “lo maravilloso” o irracional asociado a la historia antigua de la Península Ibérica era muy necesario en el panorama bibliográfico nacional, y nadie mejor que Santiago Montero para haberlo muñido. Un libro muy recomendable.

Sabino Perea Yébenes  
UNED. Madrid  
sperea@geo.uned.es